

TEODORA, JUSTINIANO Y LA REVUELTA DE NIKÁ

El humo de los incendios cercanos es perfectamente visible desde los jardines del Gran Palacio. Los sirvientes corren de manera atropellada intentando por cualquier medio salvar los enseres más valiosos. También se preparan para huir por si los rumores que circulan son ciertos y han de abandonar Constantinopla de forma urgente.

Los promotores de la revuelta son las facciones verde y azul de las carreras de cuadrigas, tradicionalmente enfrentadas entre sí, pero unidas esta vez en sus protestas. Sus voces estremecen casi más que las llamas. Un solo grito, una sola palabra que atormenta los oídos de todos los habitantes del palacio, nobles o sirvientes: ¡Niká! ¡Niká! ¡Niká! Resulta difícil de creer que todo haya empezado por una disputa deportiva.

Teodora y Justiniano se miran con la angustia reflejada en sus ojos. La multitud congregada en el hipódromo exige ahora cambios en el gobierno, cambios importantes, y parece que son cada vez más numerosos. Muchos de ellos incluso desean las cabezas de los emperadores, y la noticia que acaba de llegar es que el fuego que se propaga por la ciudad ha arrasado ya la iglesia de Hagia Sophia.

- La protesta se ha extendido por toda la ciudad, Augusto. Son demasiados.
- Comprendo —contesta Justiniano.

Belisario se retira con un gesto de asentimiento, mira también a Teodora para mostrar su respeto mientras da unos pasos hacia atrás, pero ella lo ignora. Se gira hacia su marido y le pregunta directamente:

- ¿De verdad no vas a oponer resistencia?
- Ya has oído —contesta su marido—. Son demasiados y tengo que pensar en mi familia, por encima de todo.
- ¿No deberías pensar antes en tu pueblo? Eres el emperador, Justiniano.

Justiniano se vuelve hacia ella y la observa con detenimiento. Se fija en sus finas facciones y recuerda por un instante a la bella bailarina que era cuando la conoció diez años atrás, mientras reflexiona asombrado en lo que juntos han conseguido.

El emperador y su esposa hace mucho tiempo que se conocen. Han pasado por muchos momentos difíciles, y su relación ha tenido que hacer frente a muchos detractores, incluso dentro de su propia familia. Los orígenes humildes y moralmente cuestionables de Teodora parecían una barrera insalvable para el amor entre ellos. Pero al final se impuso su voluntad y han gobernado con éxito la herencia oriental del Imperio romano.

Justiniano detiene entonces al general que ya se retiraba y le ordena:

- No hagas nada todavía, Belisario. Y no quiero ni un solo movimiento de mis tropas sin mi orden expresa. Puedes retirarte.

El general vuelve a asentir. No se atreve a mirar al emperador ni mucho menos a su esposa. Conoce desde hace mucho a la pareja y sabe que, por extrañamiento que a él le parezca, en ese matrimonio las decisiones se toman muchas veces en común. Con mucha formalidad, abandona el salón del trono.

Una vez solos y libres de miradas indiscretas, que tantas veces a lo largo de su vida han sido también miradas de censura, Teodora y Justiniano relajan su postura. Él se pone en pie y pasea

por la estancia con gesto pensativo. Al rato se detiene, se vuelve a acercarse a su esposa, y, para sorpresa de ella, le pregunta:

— ¿Te acuerdas de cuando nos conocimos?

Ella tarda en contestar. El hipódromo está lleno de gente dispuesta a eliminarlos, media ciudad está ardiendo, y su marido le viene con una cuestión absurda. A veces no lo comprende:

- Justiniano, tus hombres están esperando una respuesta. Tienes que acabar con esta sublevación inmediatamente. El pueblo no soporta las debilidades, y no las perdona.
- Eso no contesta a mi pregunta —responde tranquilamente el emperador.
- Es que no creo que sea el momento para esas preguntas...
- Soy el emperador, y no sé por cuánto tiempo podré seguir diciendo lo mismo. Permíteme que al menos aún pueda decidir cuándo es el momento para hacer las preguntas que me plazcan.

Teodora suspira. Se resigna a seguir la conversación por los derroteros que impone su marido y contesta con una media sonrisa dibujada en su rostro. A pesar de la tensión del momento, se trata de muy gratos recuerdos. Ella era joven y guapa, vivía tranquilamente como hilandera después de una infancia muy difícil y una juventud confusa. Cuando era niña, su padre trabajaba como domador de osos y después ella trabajó como bailarina en el teatro. No, nada hacía presagiar entonces que acabaría siendo emperatriz del Imperio bizantino.

- Por supuesto que lo recuerdo, ya lo sabes. Pero insisto en que no creo que sea el momento...
- ¿Habías imaginado entonces, ni siquiera en tus sueños más ambiciosos, a dónde íbamos a llegar?
- Claro que no, obviamente. Mis padres eran ciudadanos de muy humilde condición...
- ¿Y después? ¿Cuándo ya me conociste? ¿Imaginaste que iban a dejar que nos casáramos, que formáramos una familia?

Teodora no comprende cuáles son las intenciones de su marido. La situación en estos momentos es tensísima y, sin embargo, Justiniano no parece entenderlo. No parece comprender que los sublevados han elegido ya a un nuevo emperador, ese maldito Hipacio que tan bien sirvió a Justino I y que parece que se ha olvidado ya de sus pasadas fidelidades. Al fin contesta:

- No, nunca lo hubiera podido imaginar. Pero sigo sin saber a dónde quieres ir a parar.
- Hemos superado juntos todas las dificultades que la vida, la sociedad y el destino han puesto en nuestro camino. Y, ¿sabes por qué lo hemos conseguido?
- ¿Por ayuda divina? —contesta Teodora, intentando averiguar si el arrebató sentimental de su marido tiene una parte mística. Al fin y al cabo, la sublevación puede tener también un trasfondo religioso, liderada por monofisitas.
- Bueno, indudablemente, sin la intervención del Altísimo nada de esto habría sido posible, pero no me refiero a eso.
- Entonces no te entiendo. Explícate.
- Lo hemos logrado porque nos queremos, Teodora. Porque nuestro amor está por encima de todos los convencionalismos sociales y de todas las miradas condescendientes que hemos tenido que soportar. Y no pienso arriesgar lo más importante que he conseguido en mi vida. No podría soportar la idea de perderte.

Teodora no contesta. Se levanta con la misma tranquilidad con la que lo ha hecho antes su marido. Baja lentamente los dos escalones que le llevan hasta él y con ambas manos le sujeta la cara. En su gesto hay un poco de dulzura y mucha autoridad. Justiniano se deja hacer, sin saber interpretar todavía esos gestos de su esposa. Ella le acaricia la mejilla y, mirándolo a los ojos, añade por fin:

- La huida es ahora, más que nunca, inconveniente, aunque nos reporte la salvación. Pues lo mismo que el hombre que ha llegado a la luz de la vida le es imposible no morir, también al que ha sido emperador le es insoportable convertirse en un prófugo —y, acariciando ahora la preciosa capa imperial que porta su marido, añade—. Que nunca me vea yo sin esta púrpura, ni esté viva el día en que no me llamen soberana. Y lo cierto es que si tú, emperador, deseas salvarte, no hay problema: tenemos muchas riquezas, y allí está el mar y aquí los barcos. Considera, no obstante, si, una vez a salvo, no te va a resultar más grato cambiar la salvación por la muerte. Lo que es a mí, me satisface el antiguo dicho: la púrpura imperial es una hermosa mortaja.

Justiniano tarda en reaccionar. Mira a Teodora con gesto de incredulidad, y por su mente surcan sucesivamente pensamientos contradictorios. Vergüenza, orgullo, rabia, frustración, coraje, venganza. Cuando por fin es capaz de organizarlos parece claro que ha tomado una decisión. Entonces sonríe y abraza a Teodora. Con voz muy baja, casi en un susurro, le contesta:

- Supe desde el principio que serías una emperatriz excepcional. Gracias a ti el Imperio bizantino perdurará cientos de años. Mil quizá.

Y volviendo sobre sus pasos, grita:

- ¡Belisario! —Y cuando el general se presenta, ordena—. Reúne a tus hombres. Acaba con esta sublevación y no tengas piedad de ellos.

.